

XVII

Cuando Pepe dejaba de ir á ver á Paz, por miedo á infundir sospechas ó parecer pe-gajoso á don Luis, entraba Pateta en funcio-nes de correo: ya sabía ella que cada tercer día de ausencia el chico rondaba al oscurecer los alrededores del *hótel* y, espiando momen-to oportuno, metía el brazo por la verja y de-jaba la carta bajo los ladrillos levantados del horno, situado junto al invernadero.

Una tarde en que don Luis tuvo que asis-tir á un banquete político, Paz, después de verle partir y tras alijar con distinto pretextos á los criados, bajó al jardín entre dos lu-ces y aguardó á Pateta. Al cuarto de hora vió al muchacho que venía aproximándose disi-muladamente á la verja, dando puntapiés

un bote de hoja de lata que encontró allí cer-ca: entonces ella se ocultó tras uno de los pi-lares de mampostería que había en los ángu-los del invernáculo y, cuando el chico se acer-có á meter la mano por entre los barrotes de la verja, salió de su escondite, diciendo:

—Oye, Pateta.

—Guárdese vd. esta carta no la vean.

—No hay nadie.

Pateta, gorra en mano, arrimando el ros-tro á los hierros, como mono enjaulado, pres-tó atención.

Lo apartado del sitio y lo desapacible de la tarde, hacían que reinara en torno del *ho-tel* completa soledad. En la atmósfera flota-ban los últimos resplandores del sol ya pues-to, y la árida campiña aparecía envuelta en una claridad medrosa, mientras al lado opuesto se iba extendiendo una ancha faja oscura, que se dilataba lentamente por el cie-lo. El traje de Paz formaba una mancha clara cortada por los hierros de la verja: Pateta se comía con los ojos á la *señorita*, sin adivinar lo que querría decirle.

—Pues á estas horas, estando esto tan solitario—dijo de pronto—ya podía el señor Pepe venir aquí y hablar con usted.

—Cállate y escucha. Con quien quiero hablar ahora, es contigo.

—Mande usted.

—¿Eres capaz de hacerme un favor? La verdad, y sin que nadie se entere.

—¿Ni el señor Pepe?

—Menos que nadie.

El chico la lanzó una mirada que no pudo ser más expresiva. Paz comprendió que quizá hacía mal; pero ya no era posible retroceder.

—Te advierto que se trata de algo que nos interesa mucho á él y á mí.

—No hay más que hablar.

Pero está sumisión fué acompañada del firme propósito de contárselo todo á Pepe.

—Vamos á ver: ¿Qué le pasa? ¿Qué disgusto es el que tiene? ¿Sabes algo?

—Nada, ni jota.

—Es necesario que lo averigües. Temo que le quiten el destino que tiene en la biblioteca del Senado, y quisiera estar prevenida para parar el golpe. ¿Sabes tú si es esa la razón de que esté hace ya muchos días tan triston? ¿De veras no puedes decirme nada?

Pateta cayó en la red.

—Yo, de eso del destino, no se ná: pre-

guntaré. Por lo demás, no sé qué le *pué* haber *pasao*. En la imprenta todo anda como siempre. . . . Como no sea por lo del cura. . . .

—¿Qué dices de imprenta? ¿Qué imprenta es esa?

—¿Toma! ¿Cual ha de ser? La nuestra, es decir, la del señor Millán.

—¿De modo que el señorito trabaja también en la imprenta?

—Como que es el primer *corretor* y le dan *decio cho reales*, y eso que no va más que por las noches. ¿No lo sabía vd?

Paz, temerosa de que Pateta se escamara, lo dijo, mintiendo:

—Si, hombre, ¿no he de saberlo? Pero creía que se llevaba el trabajo á su casa.

—¿Quiá, no señora! *tié* que hacerlo allí.

--Y eso del cura, ¿qué es?

—Su hermano, ¿está vd? es cura y ha *veníó* hace cosa de dos meses; y como es cura y muy *carca*, les está *golviendo tarumba*, y trae la casa patas arriba; *quíé* que vayan á misa, que recen más que un ciego; en fin, que no le *puén* aguantar. . . . ni yo tampoco.

—¿Por qué?

—Hasta conmigo se ha *metío* el muy *liso*. El domingo *pasao* tuve yo que ir á traba-

jar medio día, porque había prisas, y luego le *yevé* al señor Pepe unas pruebas á su casa; y como era domingo, y yo, aunque me esté mal el decirlo, soy corneta del batallón de Voluntarios, de la Libertad de mi barrio, fuí de uniforme, *pa* no tener que andar dos veces el camino. El cura estaba en la puerta, quiso que le dejara las pruebas y, como yo no le conocía y tenía orden de ver al mismo señor Pepe, ¿está usted? no me dió la gana. Mire usted, señorita, se puso como una fiera, y lo que me dió rabia fué que se me rió del uniforme: me llamó mamarracho y dijo que me fuera á estudiar la *doctrina*. Yo, la verdad como aún no sabía que era hermano del señor Pepe.... Vamos, que me despaché á mi gusto: le llamé *cucaracha*, *cerca*, *tóo* lo que *me se* ocurrió.

—¿Y dices que ese hermano trae revuelta la familia?

—¡Ya lo creo! Si no fuera por miedo á dar una pesadumbre al señor viejo, ya le había Don Pepe *plantao* en *mitá* del arroyo. Fígrese usted, señorita, que una de las cosas que más rabia le han *dao* al señor Pepe, ha sido que ha hecho reñir.... Verá usted: la señorita Leocadia *se hablaba* con el señor Millán, mi amo,; vamos, que eran novios, como

quien dice, y el cura *metió* zizafia y los ha *desapartao*. Por supuesto, que no estarían muy *encorriñaos*, porque no hubieran reñido así... tan fácilmente, ¿verdad?

--Pero tu amo y el señorito Pepe no han reñido.

—¡Quiá! ¿No ve usted que los dos están *convencíos* de que la culpa es del cura? A la madre la *tié* tonta á fuerza de rezos.... ¡Ya sabe el señor Pepe á qué atenerse!

—¡Sí que son motivos de disgusto!

—Fuera de eso— continuó Pateta—siempre ha estado de buen humor: hasta cuando tuvo que dejar la carrera, que á poco entró en la imprenta.... y como si *ná*: él, en trabajando, ya está contento. No sabe usted la vida que *yeva*: él aquí con su papá de usted él en la imprenta, él en el destino que *ice* usted que le *quién* quitar. Es una fiera *pá* el trabajo, y cuanto gana, á su casita. No gasta más que en tabaco y algún regalejo que me dá *pá* mí.

—Vaya, adiós; vete, no sea que nos vean, —añadió Paz, alargándole en la mano una monedita de dos duros.

—¡Quiá!

—¡No seas niño, toma!

-- ¡Quiá, no, señorita! ¡si yo hago lo que hago por el señor Pepe; pero á mí no me da usted ni eso, ni tan siquiera un *chavo*!

Paz seguía con la moneda en la mano, más avergonzada que el chico.

-- ¡Me haces un feo?

-- Eso no: y *pá* que vea usted, deme usted esa rosa que tiene usted prendida en el pecho: luego yo se la doy á mi novia: usted tendrá muchas así, y de esas no se venden en la calle.

Paz movida de un sentimiento de mujeril delicadeza, corrió á la estufa, cortó dos magníficas rosas y, dándoselas al chico, además de la que llevaba prendida, le dijo:

-- Estas dos, las mayores, para tu novia; esta otra pequeña, lá que yo tenía puesta, para Pepe: ¿entiendes? ¿Conque tienes novia?

-- Pues, ¿qué cree vd., señorita, que soy de palo? Entendido: las mayores *pá* mi *chiquíya*, y la otra *pá* el señor Pepe.

-- Adiós, y de lo que hemos hablado antes, ni una palabra... chitito.

-- Corriente: quede vd. con Dios, señorita y gracias.

Ella se entró en el *hotel* y él desapareció tras las tapias de unos corralones cercanos.

Paz supo más de lo que esperaba averiguar. El origen de las cavilaciones de Pepe por la conducta de su hermano la disgustó sobremanera; pero lo que hizo en su pensamiento más mella, fué saber que Pepe trabajaba de corrector en la imprenta. El dueño de su albedrío era algo menos que un empleadillo.

Por causa análoga, Leocadia, la muchacha de condición humilde, sin esperanza de fortuna, se mostró esquiva con su novio: Paz, en cambio, sintió entonces hacia su amante una simpatía firme y serena, en que había algo de respeto. A medida que su diferente posición tendía á separarles, más se aferraba ella á su cariño.

Un suceso ignoraba Pateta, y también Pepe lo ignoró durante algún tiempo, que contado por aquél á Paz, hubiese podido sumarse al capítulo de culpas hecho contra Tirso; el rompimiento de Leocadia con Millán.

Despreciado por ella, puso él los ojos en otra. Había entre los cajistas de la imprenta uno casado dos años antes con una muchacha llamada Engracia, sastra, muy guapa, modosa, de dulce condición y digna de mejor trato que el que le daba su marido. Era el tal, jugador, holgazán, pendenciero, pero, sobre

todo, borracho, y con tan mal vino, que su desdichada compañera podía contar las copas que empinaba por los guantazos y empellones que ella recibía luego. Escatimarla la comida, empeñar las ropas, trampear en la taberna y volver el sábado á casa con el jornal mermado por el vicio, eran sus principales hazañas, amén de mirar á la pobre muchacha con el mayor despego. A Engracia la casó su madrastra, preñera, que, según voz pública en el barrio, tenía *gato*, con propósito de quitársela de encima, y ella admitió los primeros requiebros del cajista por salir del poder de tan mala pécora. Mientras confió el mozo, y la preñera supo hacerle esperar, en que la boda le proporcionaría cuartos, ocultó sus mañas; pero verificado el matrimonio, libre la madrastra, sujeta Engracia y chasqueado el novio, comenzó este á dar mala vida á la muchacha. Afortunadamente, sus brutalidades duraron poco. Cierta noche, al cerrar la taberna en que se había emborrachado, el dueño de la tienda le arrojó á torniscones, y él se quedó tumbado en la acera, sin abrigo ni gorra.

Cuando llegó á su casa, de madrugada, tosía más que un asmático, y á los quince

días murió en el hospital, dejando á Engracia un niño de pocos meses. Sus compañeros, como todos los de tan noble oficio, en que tales casos son raros, tenían formada una á modo de sociedad de socorros para auxiliarse en los trances duros de la vida, y acordaron entregar á la madre viuda una cantidad de dinero. Millán puso algo de su bolsillo, y mandó á Engracia recado para que fuese á recoger el total. Poco después, con ánimo de socorrerla indirectamente, y sabiendo cuál había sido de soltera su oficio, la dió alguna ropa que arreglar, y, hoy un viaje de él á su casa, mañana una visita de ella á la imprenta, al cabo de algunas semanas, como esto coincidiese con el acentuado desvío de Leocadia, comenzó á fijarse en Engracia, requebrándola entre rudo y amartelado con una delicadeza á que ella no estaba acostumbrada. La hermosura de la viuda, su desamparo y la juventud de Millán hicieron lo demás. La mujer se manifestó luego cada día más cariñosa, medio amante; él instintivamente apreció sus cuidados, quizá fijándose en el contraste que formaban con la arisca condición de su antigua novia, y sus existencias se unieron, formando el hermoso maridaje de la desgracia y el consuelo

bendecirlo por el amor. Lo que más cautivó el corazón de Engracia, fué la dulzura con que Millán trató á su chico. Acaso el tierno afecto de la madre no fué sino el premio espontáneo de las caricias que el niño recibía.

De todo esto no tuvo Pepe conocimiento hasta mucho tiempo después, y Pateta tampoco lo sabía cuando habló con Paz: de suerte que ésta lo ignoró por completo.



XVIII

Doña Manuela iba entre tanto sometién- dose mansamente á la influencia de Tirso: su carácter débil aceptó la inclinación que éste quiso darle, como hubiera tolerado cualquie- ra otra.

Nadie hasta entonces la dijo lo que su pensa- miento había de acoger ó rechazar, y fué in- diferente en religión por serlo los que la ro- deaban, que á ser fanáticos en cualquier sen- tido, fuéralo ella también. Tirso acertó antes que otro á encauzar su docilidad, y la buena mujer no ofreció resistencia, porque no hubo lucha en su espíritu ni asomo de contradicción entre las creencias propias y los consejos que escuchaba: el hijo cura no tuvo que desa-